



No Somos Nada

We Are Nothing

Luis Porter Galetar¹

Tipo de artículo: Artículo original

¹ Profesor normalista y arquitecto en la Universidad Nacional Autónoma de México. Urbanista egresado del Tecnológico de Massachusetts (MIT). Es fundador y profesor emérito del Campus Xochimilco, de la Universidad Autónoma Metropolitana, México.

Autor de más de 20 libros. Reside en Stratford, Ontario, Canadá, Forma parte del Sistema Nacional de Investigadores de México.

Mis calles y el río relatan su niñez y primera juventud. Es un libro de migraciones y travesías vividas por personajes.

RESUMEN

El tema “envejecer en la universidad” ha sido poco o insuficientemente tratado por los investigadores educativos, hasta donde alcanzo a ver y a sentir. Es un tema que abordan desde sus perspectivas otras especialidades más cercanas a las ciencias, como la geriatría, (que no es la perspectiva de nuestro interés hoy aquí). Nos interesa la visión desde la psicología o la filosofía, que debería ocupar un importante espacio en la reflexión universitaria.

Sin embargo, prevalece una desatención temática en un sistema de educación superior conformado por gente mayor, si consideramos que el promedio de edad en las universidades públicas hace tiempo que ha traspasado la barrera de los 60 años. Hoy, lamentablemente, muchos miembros de la planta académica cumplen su ciclo de vida sin disfrutar de un período de jubilación.

De hecho, la palabra jubilación se ha tergiversado y para muchos suena a amenaza, cuando su origen deriva de rituales bíblicos, a los que la academia les debe mucho, como origen del año sabático, y la idea de un tiempo jubilar, celebración que marcaba el fin de un período de servicio y lógicamente se asociaba con el júbilo, es decir, la alegría.

Palabras clave: universidad, plan, proyecto, envejecimiento.

ABSTRACT

The topic of "aging in university" has been little or insufficiently addressed by educational researchers, as far as I can see and feel. It is a topic that is approached from the perspectives of other specialties closer to the sciences, such as geriatrics (which is not the perspective of interest here today). We are interested in the viewpoint from psychology or philosophy, which should occupy an important place in university reflection.

However, a lack of attention to this topic prevails in a higher education system made up of older people, considering that the average age in public universities has long since surpassed the 60-year mark. Today, unfortunately, many members of the academic staff complete their life cycle without enjoying a period of retirement.

In fact, the word retirement has been distorted and for many sounds like a threat, when its origin derives from biblical rituals, to which academia owes much, such as the origin of the sabbatical year, and the idea of a jubilee time, a celebration that marked the end of a period of service and was logically associated with jubilation, that is, joy.

Keywords: university, plan, project, aging.

Fecha de recibido: 10 de febrero de 2025
Fecha de aceptado: 12 de mayo de 2025
Fecha de publicación: 08 de diciembre de 2025

Licencia creative commons:

This work is licensed under a Creative Commons Attribution-NonCommercial-NoDerivatives 4.0 International NonCommercial-NoDerivatives 4.0 International



Por diversas razones (algunas sorprendentes, todas indignantes) existe un rechazo generalizado de parte de la misma academia a enfrentar este problema, cuyos síntomas adelantan conductas en aquellos que sorprendentemente se rehúsan a disfrutar de su año sabático y más tarde, con los años, harán lo posible por postergar su propia jubilación.

Esto nos lleva al problema de ir envejeciendo en una institución habitada por estudiantes siempre jóvenes y de la necesidad de prepararse para afrontar el paso decisivo que es la jubilación. Nos adelantaremos recordando que el sentido de nuestra vida es una virtud y una responsabilidad que recae en cada uno de nosotros. En este caso nos estamos remitiendo al mundo académico representado por la universidad pública y el sistema, que no es sistema, de las instituciones de educación superior (IES).

Sostendremos en este artículo que la jubilación es una cuya definición en Wikipedia es la siguiente: "jubilación es el acto administrativo por el que un trabajador en activo, por cuenta propia o ajena, solicita pasar a una situación pasiva o de inactividad laboral tras haber alcanzado la edad legal para ello".

Esto es algo que ocurre en el contexto de nuestra vida académica cuyo rumbo o sentido es más claro cuando poseemos un plan explícito o implícito de vida.

Cuando decimos "plan" o "proyecto" no pensamos en algún documento escrito, sino en la mente de una persona que tiene una idea de cuál es su vocación, de las opciones que tiene frente a sí, y va tomando decisiones y evaluando su trayectoria en base a determinadas metas, mismas que irán irremediamente variando y ajustándose en el tiempo. Cuando explícitamente o entre líneas se tiene una visión de futuro, en base al reconocimiento de una vocación, iremos dando pasos, cumpliendo, corrigiendo o

redireccionando, nuestro plan o camino. El plan permite saber en qué dirección daremos el siguiente paso, nos da claridad y capacidad de aprovechar las circunstancias en el día a día, nos permite afirmarnos con mayor fortaleza y convicción.

En nuestro modo de vida, para sustentarnos y desarrollar una trayectoria, nos afiliamos de una u otra forma, a una fuente de trabajo y como trabajador en activo, nos permite cumplir el plan o proyecto que tengamos. Esta organización, en nuestro caso, es una institución de educación.

La institución educativa tiene su propio plan o proyecto, conocido como PDI, Plan de Desarrollo Institucional. El PDI busca definir el futuro de la institución, proyectándose por periodos lo que permite establecer objetivos sostenibles y duraderos, que buscan darle dirección a la institución. De modo que una situación ideal y congruente en la relación de la persona y su institución será que ambos proyectos, el personal y el de nuestra institución, se complementen y se coordinen.

Sin embargo, esto no siempre sucede así. Puede ser que ambos proyectos sean disímboles e incompatibles, o puede ser que el proyecto personal no lo tengamos claro, sea débil, no exista o ambos planes estén formulado a base de generalidades, cuya holgura e indefinición no permite visualizar el siguiente paso a dar. Las exigencias y demandas de la vida cotidiana más las demandas que provienen del mundo del trabajo, generalmente compiten en términos de tiempo y energía, por lo que es común y usual que el individuo, hombre o mujer académico, se deje absorber por el mundo del trabajo, no tenga tiempo de pensar y menos de ejercer su proyecto personal, y haga suyo el proyecto institucional, de manera que su proyecto sea el de la institución a la que pertenece, algo que la institución busca y agradece, pero que no siempre es del beneficio del

individuo, que posterga o anula su desarrollo personal en función de sus gustos, impulsos, o inclinaciones.

Si definimos al proyecto institucional fuente de nuestro trabajo, como Plan A y el potencial o asumido proyecto personal como Plan B, el individuo que hace suyo el Plan A, hará a un lado, desistirá o no tendrá claro su posible Plan B, creyendo que uno sustituye al otro, algo que no es así. Es natural y entendible entonces que cuando se le presenta la opción de jubilarse, (o de tomar un período sabático) lo que significa interrumpir o dejar atrás el Plan A, que es el único que tiene, esta decisión implicará una renuncia a su estatus, lo que lo deja afuera de todo plan previsto.

De allí surgen prejuicios como el que sostiene que no se jubilan "porque no saben hacer otra cosa", o el más cruel que asocia la jubilación como una recta final hacia el fin de la vida. Vemos así que los prejuicios paradójicamente, tergiversan el sentido de la jubilación, a lo que se debe agregar el contexto en que este trámite sucede, un laberinto burocrático, limitaciones de presupuesto, carencia de legislación práctica, entre otros factores.

Desinstitucionalizarse, para una persona atrapada en estos prejuicios, será perder el sentido de su vida, o lo que es lo mismo, hacer evidente su falta de Plan B al cual entregarse cuando ingresa y recupera la libertad que la jubilación implica. Sin embargo, es necesaria una aclaración acerca de las diferencias entre un plan y el otro.

El plan A, ocurre en un centro de trabajo, donde se da un intercambio establecido, que implicará determinadas acciones, la docencia, la investigación, el servicio, es decir la producción de algo, a cambio de determinados beneficios o remuneraciones.

El Plan B no repite este modelo. No se trata de otro quehacer o trabajo, en el que se aporta algo a cambio de una remuneración. El Plan B se ilustra con más claridad con la idea de una actividad a la que estamos inclinados por gusto o compromiso, generalmente sin beneficios monetarios, un proyecto personal, una inclinación, que abarca infinitas posibilidades, puede ser un proyecto con alcances remotos, o un simple "pasatiempo".

Para dar algunos ejemplos de su amplia variedad pensemos en algo de gran magnitud como construir y sostener a la familia, a algo cotidiano, como las actividades manuales, caseras de reparación, el amor a la naturaleza que nos lleva a coleccionar cactáceas u orquídeas, algo refinado y ambicioso como conocer a fondo la música clásica, algo popular como ser fanático de uno o más deportes, algo complicado como viajar, romántico como pintar, musical, como recitar poemas, y así la lista puede seguir.

Nosotros como ejemplo en este artículo escogeremos como proyecto dedicarnos a leer y a escribir, pero ya no libros de texto, sino literatura. Cualquiera de estos posibles planes, por más puntuales o ambiciosos que sean, al ocupar la mayor parte de nuestro tiempo libre, que con la jubilación es abundante, hace dicha persona, un ser que tiene vida interior.

En nuestra cultura, sin embargo, la idea de entregarse a un Plan B, comparada con el Plan A, tiende a ser concebida como una forma de "no hacer nada". Básicamente este sentimiento proviene de que el Plan A nos ha acostumbrado a producir algo, para cumplir con el contrato por el que se nos entrega a cambio, un pago. Hacer es producir, y uno produce a cambio. El que no sigue esa lógica, y se dedica a cosas que no ofrecen remuneración, se considera que no están haciendo nada. Es un juicio personal que nos impide dejar de hacer algo. Tenemos arraigada la

idea de "aprovechar el tiempo" y no nos damos permiso a holgazanear.

Pensemos en una forma de no hacer nada, como, por ejemplo, "mirar por la ventana". Mirar por la ventana es una forma elocuente y desafiante de poseer un Plan B. Contemplar un paisaje sin cansarnos, habla de una valiosa vida interior. Si en lugar de esa definición, es decir de mirar por la ventana nos dedicáramos a leer y escribir, o para simplificar ya que una contiene a la otra, a escribir, entonces las preguntas que surgen son, ¿escribes para publicar? ¿escribes para que la familia te lo lea? ¿escribes para concursar?...

—No! ino! tendríamos que responder, me escribo a mí mismo, porque me gusta leerme. O escribo para ordenar mis ideas y sacarlas de mi interior. Escribo porque siempre ha sido un deseo, pero no me había atrevido, ahora que nadie me juzga y yo me doy permiso, entonces escribo.

Eso nos lleva a un consejo: "Vence el temor a escribir para ti mismo. Para ello el retiro, la jubilación, es decir la libertad que recuperamos, si alguna vez la tuvimos, el espacio que se abre al desinstitucionalizarnos, permite que uno haga las cosas no como dicen las normas, ni como espera el mercado o el dictaminador, sino como las cosas pidan que se hagan porque las cosas buscan tu bien, y no lo contrario. El poeta Ricardo Yáñez añade: "¿Qué hacer? lo mejor es hacer nada. Como no quiero hacer nada, escribo, y no que esa sea mi voluntad, porque escribir no es sino asumir el estatus de nada que la desinstitucionalización nos otorga".

Repitamos esas palabras, asumir el estatus de nada, es lo que nos pide la jubilación, asumir "que no somos nada" y a partir de eso, seremos lo que

queramos ser. Es asombroso que las autoridades responsables mantengan una actitud indiferente ante esta escalada mortal que ocurre al abandonar la trinchera ubicada entre la primera hilera de pupitres, el atril y el pizarrón.

El tema da para reflexiones secundarias, no por ello menos apasionantes, pues sitúan en el corazón de la educación superior, una conducta que tiene mucho de inhumano, cruel e irresponsable.

No estaríamos mintiendo si afirmamos que la vida es larga. "Sigamos hasta donde se pueda" — se escucha murmurar a la añeja planta académica murmurando en voz muy baja, reproduciendo la misma conducta del docente que frente al pizarrón se mantiene estoico en su rutina, con la íntima convicción de que el tiempo es eterno. Lo es, es cierto, o podría serlo, si nos dedicamos a vivir el tiempo con libertad y aprendiéramos a "perder el tiempo".

Porque es justamente el tiempo perdido el que resulta eterno, un tiempo ni consumido, ni gastado, contrario al del reloj. Este tiempo niño por jugueteón, no es otro que el tiempo del jubilado, que los griegos llamaban *Aión*.

No es para nada el tiempo del que navega aferrado a su plaza que a su vez lo amarra al pizarrón, dejando a su paso por el aula una estela de espuma, sucesiva, consecutiva e irreversible.

Ese otro tiempo es el de Cronos, y es el tiempo escolar, (que alguna vez fue ocio y hoy es negocio). Es un tiempo que lleva irremediamente a que, en algún tic o tac de la maquinaria escondida detrás de la carátula, sobrevenga ese punzante y afilado instante, como el que vivió inesperadamente el vistoso cantautor del folklore estadounidense David Olney.

El futuro de la universidad es una inminente etapa de cambio que sucederá a ésta que las autoridades continúan prolongando y postergando condenando a una especie de agonía que toma el lugar de lo que debiera ser un cierre de ciclo digno y alentador para esa muchedumbre que se resiste a salir de su institución por la puerta de atrás. Alguna vez, no hace tanto tiempo, cada IES tenía un destino, una dirección, hasta una “vocación”, y si no la tenía, sus líderes, que en ese entonces existían (y a veces hasta llegaban a ser rectores), se la imprimían.

Hoy, la falta de opciones de un retiro digno, la falta de políticas de renovación de la planta docente, la falta de solidaridad y fraternidad grupal, comunitaria, la ausencia de colectivos, son consecuencias de la falta de cambio radical que la universidad requiere, a su vez producto de la falta de liderazgos, promovido por la pésima intervención durante los sexenios cuando gobernaba la OECD, el Banco Mundial, el Libro Blanco, la Carnegie Foundation, entre otras agencias internacionales que dictaban las políticas a seguir, y que la SEP complementó con formatos y formularios a llenar, lo que debieron ser sueños por cumplir.

EPÍLOGO

Jubilarse del Plan A y continuar viviendo sin producir en el Plan B ubicado fuera de la plataforma institucional tiene inesperadas ventajas. Una de ellas es el placer de seguir produciendo, pero ahora prescindiendo de los procesos que transmutan nuestras obras en puntos y son autorizados o no por dictaminadores.

Publicar, participar, exponer, sin necesidad de gestionar un comprobante, constituye una forma de disfrute emancipatorio, imposible de imaginar sin haberlo vivido.

Moverse fuera del escenario le da al ritual académico un aire de acontecimiento natural,

una legitimidad que anula la necesidad del comprobante que reduce nuestra actuación a una cifra o un papel.

La jubilación nos devuelve una libertad olvidada que sabremos aprovechar si procuramos que esa libertad la asumamos y logremos compartirla. Libertad que toma la forma de un nuevo tiempo en la que nuestra sensibilidad se pone a flor de piel y nos ayuda a ser lo que somos y no otra cosa. Es un tiempo que sobreviene cuando nos despojan de la investidura del estatus alcanzado: grado, nivel, calificación, credenciales. Ahora ya no es necesario seguir haciendo méritos, o comprobar quién se es y qué uno es capaz de hacer. Es un tiempo sensible al mérito propio y al darse gusto. El placer de no ser nada, que es diferente a no ser nadie.

Hay diversas formas en que el Plan B se manifiesta, una es reconociendo el amor que le seguimos teniendo a la educación, otra es la presencia activa de nuestra imaginación creando imágenes, dándole sentido a nuestro sentir. La imaginación se abre como un ventanal que prometía luz, pero se mantenía cerrada.

Reconocemos las múltiples formas del ser imaginativo, porque es la imaginación la que dice, la que habla, y lo hace con símbolos reales que forman parte de la nueva realidad a la que nos asomamos, que no es otra cosa que la de nuestra propia vida con todos sus anhelos allí presentes.

Me atrevo a afirmar que al quedar libres de las ataduras a las que obligaban las reglas de juego de la academia, la razón le abre paso al artista que todos llevamos dentro, invitando al poeta que intuye hacia dónde va el tiempo y los caminos que dentro de ese tiempo podría tomar.

Existe el miedo escondido de que, al dejar de acumular méritos, al de dejar de producir puntos, vayamos paulatinamente disminuyendo en lo que somos, especialmente en lo que somos frente a los demás. Peligroso error pensar así. El retiro es también un espacio para seguir creciendo y hasta

para ser más grandes de lo que alcanzamos a ser en aquel otro tiempo. Lo que por gracia y obra del esfuerzo y entrega al trabajo se convirtió en prestigio que nos hizo seres respetados, queridos, reconocidos. Ahora se agrega una nueva felicidad, la de no habernos quedado en aquel tiempo, y haber ingresado en uno nuevo, un tiempo preciado, el tiempo de la plenitud.

Los pequeños personajes, como los grandes personajes están llamados a rebasar su época, si bien no ellos como personas, sino las huellas de su trabajo que por allí queda en estantes, en archivos, en memorias, en el destino de los alumnos que ayudamos a formarse, entre tanta obra hecha y entregada.

La única diferencia es que en el tiempo de la jubilación las repercusiones y ecos de nuestro hacer universitario ocurren en el silencio, sin campanas redoblando, ni entrega de diplomas, premios o medallas. Ocurren como algo natural, como si nada.

Los grandes son, o eso imagino –y seguiré parafraseando al poeta Ricardo Yáñez– porque se saben tan pequeños, tan mínimos se vuelven, que dan (su obra da, mejor dicho) con el centro de los tiempos. Saberse pequeño es lo realista como maestros que somos con nuestro mínimo saber, en la conciencia de que nos acercamos a los demás para seguir sabiendo y aprendiendo junto a ellos.

Tenemos la mala costumbre de concebir al tiempo como un reloj que va del antes al después. Sin embargo, el tiempo del retiro es más parecido a un espiral, que nos encuentra girando hacia su centro. El centro de los tiempos ¿qué es? si no es la eternidad, es algo por el estilo. El centro de los tiempos es de donde parten todos los caminos del tiempo.

Siempre nos sorprende el hecho inesperado (o esperado) de un “fin de ciclo”: un nacimiento, una muerte, un final o un principio. Somos mucho para los que nos quieren, y nosotros para que se despreocupen, les decimos que no somos nada. El retiro es claramente el final de haber sido algo, y la vastedad cósmica de no ser nada. Llega ese estatus y puede tomar la forma de un poema, porque el poema como el cuento, presentan un conflicto que nos toca resolver.

No lo resolvemos ni nos lo resuelven, pero nos lo presentan de la mejor manera, es decir, de una manera donde hay belleza. Y visto así el significado de no ser nada se resuelve, puede asumir formas tristes o festivas, pero es gozable, es disfrutable. El que da ese paso, se sale del directorio, deja de estar en la imprenta, de recibir diplomas, de ser reconocido como alguien, es esa nada que le da forma de poema a un fin de ciclo para ingresar al territorio en el que puede aspirar a la infinitud.

En qué buena medida lo infinito de un escritor prácticamente anónimo, reside en compartir con el lector su condición de nada. La grandeza de un maestro residía en su capacidad de empatía con el estudiante.

Ahora lo será consigo mismo desde su solitaria libertad, esa que nos empuja a asumirnos poetas como manera de unirnos con nuestros semejantes, terminó diciendo, y continuó dialogando con su amigo poeta, o con la mayoría de sus colegas o de sus alumnos, que dejaron de escribirle, de visitarlo, de preguntar por él, reconociendo sin saberlo ni pensarlo, que aquel maestro, para festejar su vida, sintió satisfacción y una sensación de haber cumplido, cuando escuchó a alguien que estaba cerca suyo decir: no somos nada.